

EL BARÓN DAVILLIER VIAJERO Y COLECCIONISTA

POR MARÍA JESÚS SANZ

Charles Davillier es uno de los personajes más interesantes entre los viajeros que visitan España durante el siglo XIX. A esta faceta de viajero se añaden las de coleccionista y protector de artistas, por lo que su testimonio sobre nuestro país resulta insustituible.

Charles Davillier is one of the most interesting persons among the travellers in Spain during the XIXth century. Also Davillier had an important collection of art, and at the same time was a protector of artists, so his news of our country are basic.

Los viajes de extranjeros por España son verdaderamente abundantes, especialmente a partir de la marcha de los franceses después de 1813. No obstante, antes de la Invasión hubo ya algunos franceses eruditos como Alejandro Laborde, que realizó un viaje a la Península en 1806, y posteriormente, en 1820, publicó su *Voyage Pittoresque et Historique*, en el que elaboró el primer catálogo monumental de España. Este mismo autor había realizado en 1808 un *Itineraire descriptif de l'Espagne* que había servido de guía a los generales de Napoleón para la Invasión.

Referir aquí, aunque fuese de pasada la cantidad de viajeros franceses, ingleses, alemanes e italianos que recorrieron España a lo largo del siglo sería una tarea poco apropiada en este lugar, pero sí hemos de mencionar algunas características de estos viajeros. La mayoría de ellos, así como los primeros en llegar fueron los franceses, aunque los ingleses le siguen en número¹. Al decir de los mismos viajeros franceses, ellos amaban a España, país conocido con rigor en Europa gracias a ellos, mientras que los ingleses sólo veían defectos en los españoles. Entre los viajeros alemanes

1. Sobre los viajeros y especialmente los ingleses en Andalucía consúltese Alberich, J.: *Del Támesis al Guadalquivir. Antología de viajeros ingleses en la Sevilla del siglo XIX*, Sevilla, 1976.

abundaban los que venían guiados por su interés científico como Justi o Meier-Graefe, mientras que entre los anglo-franceses interesaban más las noticias periodísticas, el folklore, la aventura, los aspectos artísticos y monumentales, y sobre todo la idiosincrasia española basada en un romanticismo de pandereta². Esta España de bandidos, toreros y bailarines, “la España de pandereta”, tuvo su origen precisamente en dos viajeros de la primera mitad del siglo, Richard Ford y Teófilo Gautier. Con estas bases, a lo largo de todo el siglo, aventureros, coleccionistas, literatos y simples viajeros invadirán el territorio nacional ávidos de novedades.

Entre los viajeros franceses más destacados, anteriores a Davillier, merecen mencionarse el barón Taylor, Edgar Quinet, Alejandro Dumas, padre e hijo, y Teófilo Gautier, estos dos últimos vinieron en 1846 para la boda de Isabel II. Cada uno de ellos perseguía unos fines distintos, pero todos coincidían en buscar la “España pintoresca”, o diferente.

El barón Charles Davillier es un interesante personaje cuya labor no ha sido suficientemente reconocida en España.

Su vida se desarrolla entre 1823 y 1883, y a lo largo de ella demostró estar ampliamente informado sobre las artes, ser un gran coleccionista, y sobre todo uno de los mejores hispanistas de su tiempo. Seguramente su conocimiento profundo de nuestro país se debió a que su casa de la calle Pigalle, en París, era un lugar de encuentro de escritores, pintores, dibujantes y anticuarios, entre los que abundaban los españoles. Así, a sus tertulias de los lunes acudían pintores como Martín Rico, Raimundo y Ricardo Madrazo, Fortuny, y Gustav Doré entre otros. La atracción de las tertulias del barón parece que residía no sólo en el interés de las charlas, sino también en la contemplación de las numerosas obras artísticas que formaban su colección particular. Esta colección particular se deshizo con motivo de la guerra Franco-Prusiana, pues el barón, atemorizado ante su posible pérdida, hizo testamento y la cedió en su mayoría al Louvre, algunas piezas a la Biblioteca Nacional y otras, las de cerámica, al Museo de Sèvres. Sobre esta colección se hicieron algunos trabajos por parte de sus contemporáneos³.

Aunque para nosotros el aspecto más interesante del Barón es el de viajero culto, sin embargo, tenemos que reseñar aquí también sus aficiones y conocimientos que hicieron que se le considerase como erudito e hispanista. Su principal afición era el coleccionismo de objetos de arte, y dentro de ellos los comprendidos en el campo de las Artes Suntuarias, es decir marfiles, cerámica, porcelana, cueros, muebles, vidrios, esmaltes, objetos de plata y oro, etc., entre los que dominaban los españoles. Estos objetos parece que los obtuvo principalmente en sus viajes por España, cuyo número según sus cronistas osciló entre los diez y los veinte.

2. Sanz, M.J.: “Viajes de franceses e ingleses por España en la segunda mitad del siglo XIX. Su aportación a la Historia del Arte”, *II Congreso Español de Historia del Arte*, Valladolid, 1978, págs. 69-73.

3. Eludel, P.: *Le Barón Davillier*, Paris, 1883, y Courajoud: *Collection Davillier*, Paris, 1885, Davillier, Ch.: *Viaje por España*, Paris, 1875. Estas noticias se recogen del prólogo de Arturo del Hoyo, edic. 1957.

Sobre todos estos objetos que le interesaban escribió algunos o trabajos, o bien intentó escribirlos. Así, hizo el primer estudio sobre la loza dorada española, sobre la orfebrería, sobre los cueros, y tenía el proyecto de escribir un gran libro sobre la cerámica española cuando murió.

Sus obras publicadas sobre este asunto son:

- *Histoire des Faïences hispano-moresques a reflés métalliques*, Paris, 1861.
- *Niculoso Francisco peintre ceramiste italien etabli a Seville (1503-1508)*, Gazette des Beaux Arts, tomo XVIII, Paris, 1865.
- *Notes sur les cuirs de Cordoue*, Paris, 1878.
- *Recherches sur l'orfèvrerie en Espagne au Moyen Age et a la Renaissance*, Paris, 1879.

Le interesó también la pintura, aunque con menor intensidad, realizando algunos trabajos sobre *Velázquez*, y sobre su amigo Fortuny:

- *Fortuny, sa correspondance, sa vie, son oeuvre*, Paris, 1885.
- *Atelier de Fortuny*, Paris, 1885.

Con todo este panorama podemos abordar el *Viaje por España* con un cierto conocimiento del personaje.

El viaje al que nos referimos se llevó a cabo en 1862, aunque, como ya dijimos, el barón estuvo muchas veces en España, antes y después de esta fecha, concretamente en la Feria de Sevilla en 1872, acompañado de Raimundo de Madrazo y Fortuny, pero parece ser que él en su relato se refiere al viaje de 1862. Algunos biógrafos suyos piensan que en el texto se relatan tantos acontecimientos, que posiblemente recoja algunas experiencias de otros viajes. Pero lo verdaderamente importante del viaje del 62 es su acompañante, o mejor dicho el conjunto formado por Davillier, anticuario, erudito, entusiasta y conocedor de España, y Gustav Doré, pintor e ilustrador, ya conocido en Europa, que plasmó en expresivos dibujos lo que relató Davillier. Ambos mandaban periódicamente a la revista parisina *Le Tour du Monde*, dedicada a relatos de viajes, sus escritos y dibujos, que se publicaron por entregas desde 1862, y sólo más tarde, en 1874 se editó el relato completo.

El itinerario, que siguieron fue básicamente el de Laborde, se inició entrando por la Junquera desde donde bajaron hacia el sur por la costa levantina, para seguir por la andaluza, internarse en las principales ciudades, y continuar hacia el norte por Extremadura, ambas Castillas, Santiago, la Rioja, Navarra y el País Vasco, para cruzar de nuevo la frontera. Según su prologuista el viaje es muy lento hasta Málaga, pero desde ahí parece apresurarse, excepto durante la estancia en Sevilla, ciudad a la que dedica, junto con sus pueblos, tres capítulos, XVII, XVIII y XIX, y parte del XX y XXI, dedicados a los bailes y a las corridas de toros, en los que los espacios dedicados a la ciudad son los más extensos.

SU VISIÓN DE ESPAÑA

Davillier refleja un interés múltiple en su relato, pero quizá el que más destaque sea el humano, o como diríamos hoy el sociológico. La vida de la gente, especialmente en los niveles populares, se aprecia con justeza en la descripción de los oficios, las devociones, las diversiones, el lenguaje. En este aspecto diferencia muy bien los niveles populares de los medios y acaudalados, apreciando sus vestidos, sus gustos, sus viviendas, y el general el tipo de vida diferente que llevaban unos y otros.

Otro de sus intereses básicos es el patrimonio artístico español, del que se considera un buen conocedor, estando incluso al tanto de la bibliografía española contemporánea. Sus descripciones de los monumentos principales que visita –la Mezquita, El Escorial, la Giralda, la Alhambra, casi todas las principales catedrales, etc.–, son bastante rigurosas, aunque no profundice demasiado en detalles. Pero además de los grandes y conocidos monumentos, nos describe otras poblaciones por las que pasa, con sus castillos o palacios semiderruidos y que hoy día ya no existen o están totalmente transformados.

La imagen de la España monumental que nos presenta Davillier tiene precisamente ese interés, el de mostrar el aspecto de los edificios después de haber pasado la Invasión Francesa y la Exclaustración, por lo que algunos conventos, monasterios e incluso ruinas romanas presentan un aspecto más ruinoso que el actual, como por ejemplo el teatro de Mérida, el anfiteatro de Itálica (fig. 1), o el monasterio de Poblet. Como contrapunto nos muestra imágenes de edificios desaparecidos entre la fechas de su viaje y nuestros días, como por ejemplo la antigua cárcel de la Inquisición de Barcelona (fig. 2), la Torre Nueva de Zaragoza (fig. 3), o el entorno de Torres Bermejas en Granada.

Ya dijimos que, dentro del patrimonio artístico, su atención preferente estaba en las Artes Decorativas, que no solamente estudió con detenimiento, sino que formó una importante colección de piezas españolas, hoy repartidas entre los museos antes mencionados. En el viaje se detiene a describir las piezas más impresionantes, o al menos las que a él más le interesan, mostrando algunas en los dibujos de Doré. No obstante, el estudio detenido de ellas se halla en sus dos obras principales: *La loza dorada*, e *Investigaciones sobre la orfebrería en España en la Edad Media y en el Renacimiento*.

LA ESTANCIA EN SEVILLA

No podemos analizar aquí todas impresiones que plasmó el viajero en su relato sobre cada uno de los lugares que visitó, pero como dijimos al principio algunas ciudades le interesaron más, o bien se detuvo más tiempo en ellas, y por ello nos dejó un más completo estudio de la ciudad y sus gentes. Entre estas ciudades destacan Valencia, Granada, Madrid, Toledo y Sevilla. Con respecto a esta última no cabe duda que

a nuestro viajero le interesó mucho no sólo la ciudad, sino también su Antiguo Reino, describiéndonos los pueblos más relevantes, aunque realmente el aspecto monumental de éstos no le interesó demasiado, llegando a decir de Morón, por ejemplo, que no tiene nada notable, y que era conocida hasta hacía poco tiempo como lugar de bandolerismo, como Málaga y Utrera. Sin embargo, le interesa mucho el carácter de los andaluces, definiéndolos como de un gran brio y entusiasmo, como participantes alegres en las romerías y fiestas.

A la ciudad de Sevilla, como ya hemos dicho, le dedicó tres capítulos, XVII, XVIII y XIX, y parte del XX y XXI. Su entrada se realiza por el sur, pues venía de Cádiz, y los pueblos que menciona son los de este recorrido como Lebrija, Utrera, Alcalá, etc., dejándonos testimonio del recién inaugurado ferrocarril de Sevilla a Cádiz, así como de la visita de Isabel II, de la que describe el recibimiento que le hicieron en La Cartuja y los arcos que levantaron.

Una vez en la ciudad, alojados en una pensión de la calle Sierpes, que era una típica casa sevillana con patio lleno de plantas, describe los principales monumentos, plazas, mercados y jardines como los de Cristina, de los que dice se están demoliendo en ese momento.

Con respecto a los principales monumentos -Catedral, Alcázar, Ayuntamiento, etc., se muestra bien informado, especialmente en lo referente a la Giralda, a la Catedral y a su contenido, pues seguramente leería a los cronistas de la época, además de visitar sus monumentos. Le interesan especialmente los edificios decorados con cerámica, como el Alcázar, Santa Paula y la Casa de Pilatos, ya que según él mismo confiesa era un estudioso, además de coleccionista, de la cerámica española. Su discreta opinión sobre el estado de la Universidad se limita a decir que “fue antiguamente casi tan célebre como la de Alcalá o Salamanca”, lo que trasmite implícitamente que en la fecha que él escribe no lo era. Con respecto al contenido de la capilla queda altamente impresionado por los sepulcros italianos de los Ribera.

Entre toda esta información artística Davillier entremete, como hábil novelista, aspectos de la vida ciudadana, como por ejemplo la forma de vestir de los sevillanos, que difiere entre hombres y mujeres, pues mientras que los primeros siguen la última moda de París, las mujeres conservan sus atavíos tradicionales, usando flores naturales, mantones de China de color grosella, azafrán, amarillo o limón, “colores que juzgarían ridículos en nuestro país... y les sientan maravillosamente a las damas de Sevilla”. El atuendo se completaba con mantilla negra de encaje. Las majas, cigarreras, y mujeres de clases populares usaban la mantilla “de tira”, que era de seda o lana negras con borde ancho de terciopelo.

Otra de las cosas que llama la atención del viajero son los nombres de las mujeres que son más originales que los de los hombres, y también refiere los nombres y apellidos de los gitanos y gitanas, como diferentes de los de los otros ciudadanos.

El capítulo XVIII lleva por título Panorama sevillano y está dedicado, en su primera parte, a los teatros, las coplas y los personajes pintorescos, en la segunda a la gente de mal vivir, y a algunos oficios como barberos, sacamuelas o cirujanos. Otra parte

describe el barrio de Triana, habitado básicamente por gitanos, presentando algunas palabras de su idioma con su traducción al español, y finalmente le dedica un amplio epígrafe a la Fábrica de Tabacos y las cigarrerías. La descripción de Davillier del trabajo, de las especialidades de las trabajadoras, de los lugares donde se desarrollaban cada una de las tareas, y en fin del ambiente que se respiraba en la fábrica constituye un importante documento histórico sobre la elaboración del tabaco en España. En el aspecto humano las cigarrerías le atraen tanto como a Doré, que las dibuja tanto aisladas como en grupo (fig.4). Relacionadas con la mayoría de las cigarrerías se hallaban las majas, de las que hace interesantes disquisiciones que tratan sobre su personalidad, sus vestidos, su lenguaje, es decir, su caracterización, y al hilo de estas consideraciones habla del dialecto andaluz.

El capítulo XIX lo dedica íntegramente a la Semana Santa y a la Feria, con la descripción de las procesiones, de los días de salida de cada una de las cofradías, de la vestimenta de los nazarenos, de la estructura y ornamentación de los pasos, alguno de ellos, como por ejemplo el del Silencio, presenta casi el mismo aspecto que en la actualidad (fig.5). Así mismo se ocupa de los cultos en la catedral, que le dejan verdaderamente impresionado por la riqueza de las ropas y la abundancia de clérigos.

El apartado dedicado a la Feria tiene para nosotros el interés de mostrarla tal como era pocos años después de su fundación, con la compra y venta de ganados, sus casetas, que él llama “tiendas de techo puntiagudo”, y que eran en realidad tiendas donde se vendían bebidas y comidas. La abundancia de gitanos, el paseo de las personas acomodadas, y la música por doquier animaban la fiesta.

En el mismo apartado de la Feria describe la romería de Torrijos, muy semejante a las del Rocío y Santiponce, que son las tres que refleja en sus capítulos dedicados a Sevilla. Las dos primeras tenían, según el viajero, su punto álgido en la entrada en Sevilla por la calle Castilla, mientras que la actividad y concurrencia de público en los lugares propios de la romería –Torrijos y el Rocío– apenas ofrecían interés.

La afición a las danzas españolas es una de las mayores que muestra Davillier, tratando de remontarse a sus orígenes en la época romana. Todo ello se trata en el capítulo XX, que, aunque se refiere a las principales danzas españolas, las andaluzas ocupan el lugar preeminente. En su estudio de las danzas andaluzas describe las que vio en dos lugares de Sevilla dedicados al cante y baile, uno en la calle Tarifa, que era una academia de baile, pero a la que también acudían espectadores que pagaban por el espectáculo, y otro en Triana, que era simplemente una reunión de aficionados con predominio de gitanos, donde se cantaba cante hondo entre otros cantes. La diferencia entre uno y otro lugar, a pesar de estar ambos dedicados a bailes andaluces, era evidente, pues mientras que la academia sevillana contaba con bailarinas profesionales o semiprofesionales, que actuaban también en los teatros de la ciudad, el espectáculo de Triana era claramente popular.

La variedad de cantes y sobre todo bailes nacionales y andaluces que se practicaban es sorprendente, sobre todo si se compara con la actualidad.

La fiesta de los toros le impresionó, como a todos los extranjeros, y su primer contacto con ella lo tuvo en Valencia, dedicándole el capítulo V completo. Sin embargo, a su paso por Sevilla vuelve a tratar de las corridas y de las variantes que en el toreo se daban, así como la existencia de una mujer torera, Teresa Belchi, que no dejó de retratar Doré.

LAS ILUSTRACIONES DE GUSTAV DORÉ

Según los biógrafos de Davillier era Gustav Doré el que instaba al barón a venir a España, pero en el fondo era este último el que aconsejaba al dibujante el viaje, de cualquier forma, fuese cual fuese el promotor, la conjunción de ambos puede decirse que fue verdaderamente acertada. Davillier era un hombre culto, adinerado y equilibrado en sus juicios, además de ser quizá el más realista de los viajeros franceses de su siglo. Era tan amante de España que sus innumerables carencias las veía con benevolencia, pero no las ocultaba, por lo que el lector entrevee a veces aspectos desagradables en los que el viajero no se detiene, sino que apenas esboza. Pero su labor histórica de reflejar el desarrollo de un país en una época es de lo más riguroso, aunque naturalmente sólo reflejara aquellos aspectos que a él le interesaran, es decir, los monumentales y artísticos, y los pintorescos.

Doré, era un pintor y sobre todo dibujante reconocido, ilustrador de obras como la *Divina Comedia la Biblia o El Quijote*⁴, y por ello su venida a España acompañando a Davillier supuso para éste último una ayuda de gran valor. En el Viaje por España, con más de 300 dibujos firmados, y grabados en París por diferentes grabadores, es un artista en busca de inspiración, que refleja aquello que le interesa pictóricamente, y que a veces deforma la realidad para conseguir un mejor efecto estético. Por ejemplo, la visión del altar mayor de la catedral de Sevilla es irreal pues ha quitado las rejas del altar mayor y del coro para tener mejor perspectiva (fig.6), haciendo lo mismo en Toledo. La misma alteración deliberada vemos en el sepulcro de los Reyes Católicos en Granada, que aparece aislado con unos grandes espacios laterales, que no existen en la realidad, además de suprimir las tumbas de Juana la Loca y Felipe el Hermoso. También la vestimenta de los seises y su estatura no se ajustan a la realidad, así como el tamaño de la famosa ánfora nazarí de la Alhambra, que resulta desproporcionado con respecto a los personajes que la contemplan (fig.7). Algo que no parece tampoco

4. Sobre Doré se han hecho bastantes estudios, especialmente sobre su obra dibujada. La edición del *Viaje por España* de 1957, contiene además de un interesante prólogo, un estudio final, de Antonio Buero, dedicado a la figura de Doré y a su actividad ilustradora. Otros trabajos posteriores han sido de carácter monográfico, o bien traducción y reedición de sus obras, como Doré, G. y Jestod, B.: *London a pilgrimage*, Nueva York, 1970, *The Doré Biblia Illustrations*, Nueva York, 1974, *Doré's illustrations for Rabelais*, Nueva York, 1978, Bozal, V. (prólogo): *Gustavo Doré, ilustraciones para Balzac*, Madrid, 1987, Doré, G.: *Doré's Illustration for Ariosto's, "Orlando Furioso": A selection of 208 illustrations*, Nueva York, 1980, *El Quijote de Doré*, Madrid, 1990.

demasiado real es la introducción de personajes en los principales monumentos, hecho que ya se hecho notar en varias ocasiones. Esta afición de Doré a colocar personajes típicos y populares en lugares que posiblemente estaban desiertos, o bien ocupados ocasionalmente, seguramente se debe a un intento de sintetización de sus visiones, introduciendo aquellos personajes que le interesaban o que él creía que debieron habitar aquellos parajes. Así, por ejemplo, la colocación de personajes tan diversos como curas con sombrero de teja o bandoleros contemplando el mencionado jarrón de la Alhambra no parece una escena muy real.

Sin embargo, la mayoría de sus dibujos son bastante reales en las visiones de ciudades y de monumentos, y sobre todo de escenas y personajes, como los numerosos gitanos, toreros y simples campesinos que retrata. En lo que se refiere a la personalidad de algunos de los retratados, es muy interesante el inglés que roba azulejos de la Alhambra y los echa en una bolsita, dedicando una mirada de reojo al espectador (fig.8), o las bailarinas sevillanas con sus vestidos de volantes, corpiños, flores y miradas altivas (fig.9). Más altivas son aún las miradas y aptitudes de las señoras que dibuja, vestidas de modo tradicional con mantón y mantilla en el Levante y en Sur, mientras que otras con traje europeo –chaquetas y sombreros–, se muestran en una fonda de Burgos, aunque éstas seguramente serían extranjeras. Interesante es también la representación del interior de los templos, sin sillas ni bancos, con las mujeres sentadas en el suelo según la tradición morisca (fig.10), que todavía duraba en algunas zonas rurales de Castilla en la primera mitad del siglo XX.

Aunque, como ya hemos visto, el interés fundamental de Doré son los grupos humanos, y a ellos se refieren la mayoría de los dibujos incluídos en el Viaje, sin embargo, el reflejo de las ruinas, de los monumentos, y de algunos paisajes se hace completamente necesario para la ilustración del recorrido por España. En el primer caso representa los principales restos romanos de Sagunto, Itálica o Mérida, así mismo las principales catedrales españolas son dibujadas por dentro y por fuera, mientras que las construcciones de la época islámica atraen más que nada su interés. Así, la mezquita, la Alhambra o al Alcázar de Sevilla, cuentan con varios diseños de cada una de ellas.

DAVILLIER COLECCIONISTA E INVESTIGADOR

Ya hicimos al principio una referencia a las aficiones de coleccionista e investigador de las artes decorativas españolas del Barón. Sus estudios se plasmaron en algunos artículos en revistas francesas, y en dos libros, uno titulado *Histoire des Faïences hispano-moresques a reflés métalliques*, Paris, 1861, y el otro *Recherches sur l'orfèvrerie en Espagne au Moyen Age et a la Renaissance*, Paris, 1879. El primero supuso el estudio inicial sobre la cerámica dorada española, pero, dada la afición de Davillier a esta materia, su intención era completarlo con el de toda la cerámica española, cosa en la que estaba trabajando poco antes de su muerte, por lo que no

pudo llevarla a cabo. En el caso de las investigaciones sobre la orfebrería española del Medievo y del Renacimiento el resultado fue muy distinto, ya que el estudio se completó y se editó, y puede decirse que si el Barón Davillier se conoce hoy en la Historia del Arte Español es precisamente por este libro. La obra escrita en francés no está traducida al español hoy día.

Se divide en diez capítulos, con un índice de materias y otro de nombres, además de 19 litografías de dibujos de plateros barceloneses, colocados al final, y algunos dibujos de Fortuny, Ricardo Madrazo (fig. 11), Edouard Beaumont y F. Sellier o Sallier entremedio del texto. En la introducción nos muestra el panorama desolador de los estudios sobre las Artes Decorativas en España, diciendo que así como se ha escrito mucho sobre la pintura, no se ha hecho nada sobre el grabado, sobre la escultura de los siglos XV y XVI, sobre el arte del hierro, de las armas, de los bordados, de los vidrios, de los esmaltes y por supuesto de la orfebrería, haciendo notar que sobre la cerámica él lleva trabajando más de veinte años y aún está empezando.

Su estudio sobre la orfebrería española en los períodos mencionados no es un simple recoger y describir las piezas, sino que el trabajo muestra a un autor completamente informado, tanto por la bibliografía de su tiempo, como por la investigación en los archivos, no dejando de sorprender que ante un tan rico patrimonio haya tenido que venir un francés para darse cuenta de su existencia. Los capítulos tienen un orden cronológico empezando en la Antigüedad y siguiendo por el Medievo, para dedicar la mayoría de ellos al Renacimiento. El último capítulo lo dedica a resúmenes de inventarios. A lo largo de toda la obra se aprecia su interés por las técnicas, por los términos propios del oficio, por la organización gremial, por los mismos orfebres, y por supuesto por la tipología de las piezas y sus diseños. Aunque la obra resulta algo anárquica en su organización, es tal la cantidad de información de contiene, que sería difícil estructurarla de otra manera, a no ser que su extensión fuese mucho mayor.

No queremos terminar la referencia a este trabajo sin mencionar sus profundos conocimientos del principal teórico de la orfebrería española del Renacimiento, como es Juan de Arfe, cuyos libros conoce, analiza, e incluso reproduce algunos de los dibujos de la *Varia Conmesuración*. Esta afición de Davillier por los diseños hizo que estudiara y reprodujera en diecinueve planchas, los modelos que los plateros barceloneses estaban obligados a hacer previamente a su examen de maestría. De los siete libros de diseños conservados en el Archivo Municipal de Barcelona, Davillier se ocupó de los correspondientes al siglo XVI y al primer tercio del siglo XVII, pero naturalmente ignoró aquellos de épocas posteriores. Los dibujos fueron copiados por Davillier rigurosamente e impresos en litografías, en París por Quantín. Los dibujos, de gran calidad, representan joyas y piezas de plata de la época mencionada, pero además tienen el gran valor histórico de ir firmados por sus autores (fig. 12), y en bastantes casos llevan la fecha en que se realizaron, por lo tanto su estudio, no sólo nos da nombres de orfebres y fechas, sino que también nos permite conocer las tipologías y el estilo de la platería barcelonesa y española a lo largo del siglo XVI y parte del XVII. Estos dibujos después del estudio de Davillier tuvieron que esperar

más cien años para volver a ser analizados y estudiados, ya con técnicas y sistemas de conocimiento modernos⁵.

Finalmente hemos de lamentar que la colección artística del Barón Davillier se halle hoy desmembrada, entre los museos franceses que ya mencionamos. Una reconstrucción de ella sólo podría hacerse consultando los inventarios de los tres museos, Louvre, Sévres y Biblioteca Nacional, y así podríamos conocer además del contenido de su famosa casa de la calle Pigalle, las piezas adquiridas en España.

5. Dalmases, N.: *Orfebrería catalana medieval: Barcelona 1300-1500*, 2 tomos, Barcelona 1992.

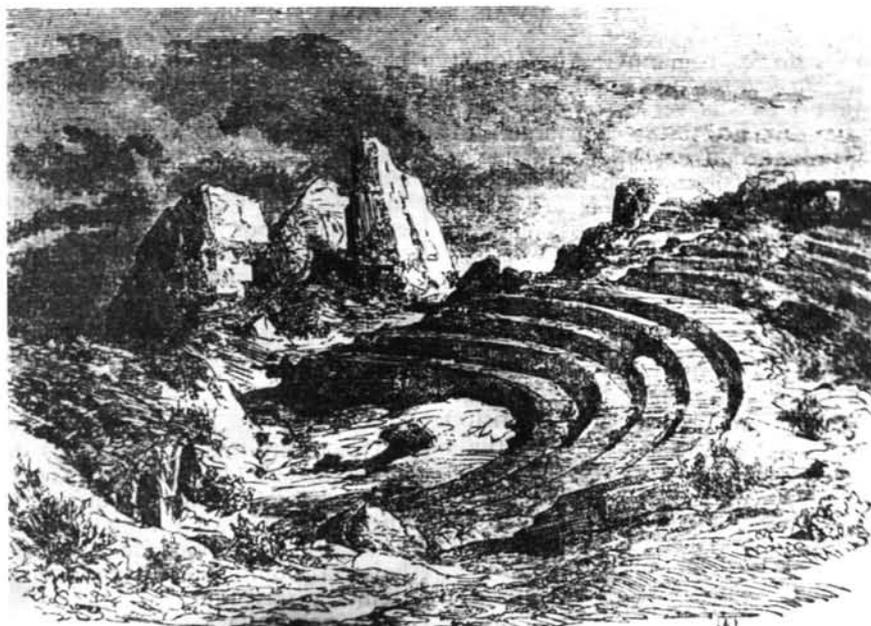


Lámina 1. Anfiteatro de Itálica.



Lámina 2. Fábrica de Tabacos de Sevilla.



Lámina 3. Torre Nueva de Zaragoza.

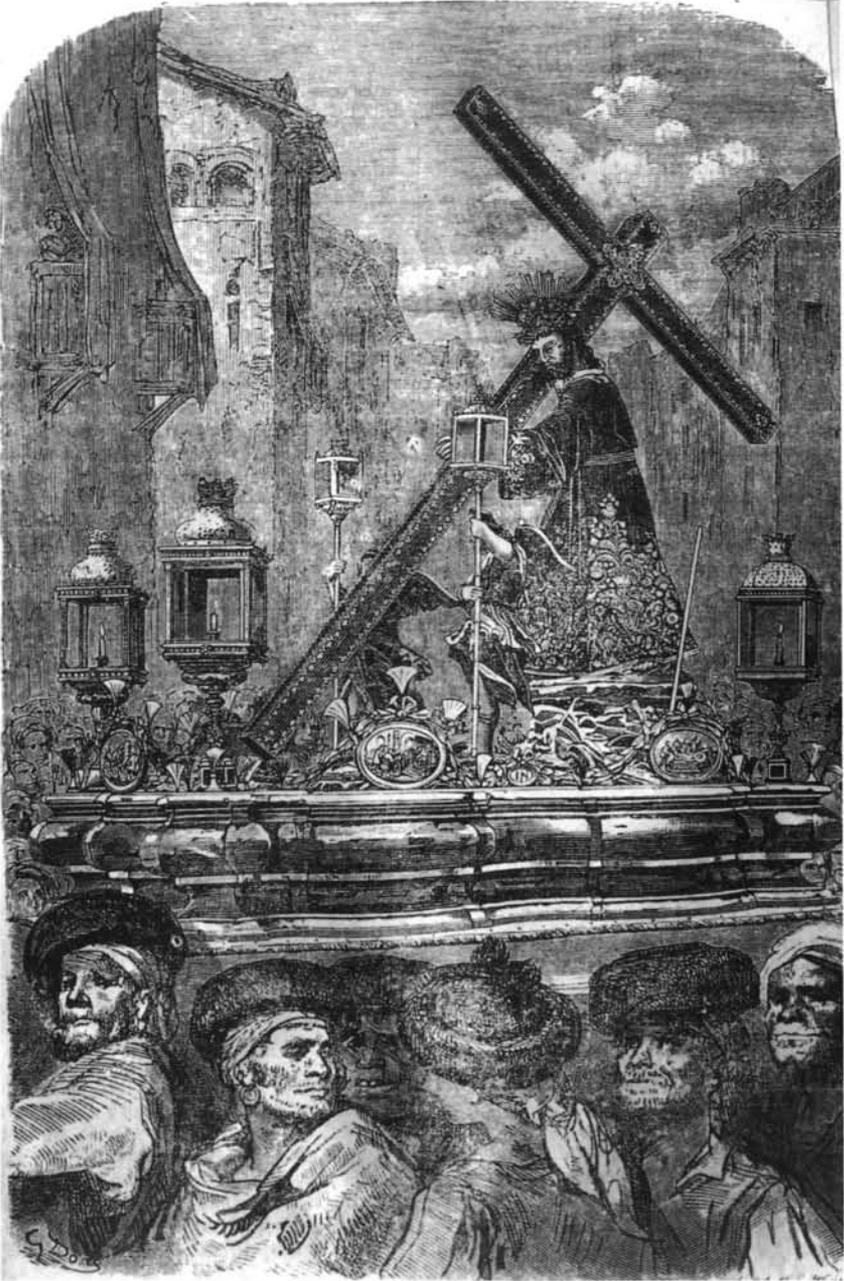


Lámina 4. Paso del Silencio, Sevilla.

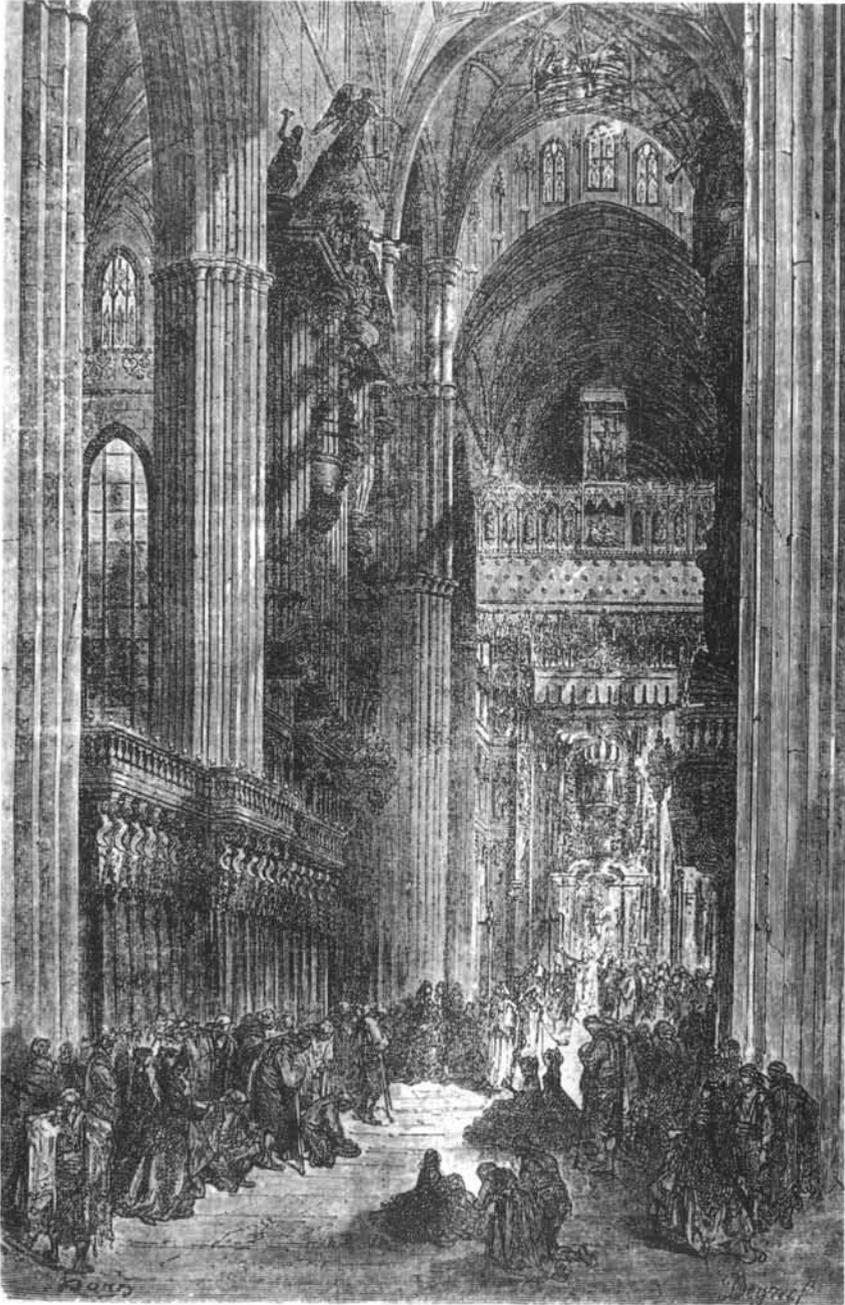


Lámina 5. Interior de la catedral de Sevilla.



Lámina 6. Ladrón de azulejos inglés en la Alhambra.



Lámina 7. Mujeres en el interior de la basílica del Pilar de Zaragoza.



Lámina 8. Diseño de colgante de oro esmaltado,
dibujo de Ricardo Madrazo.

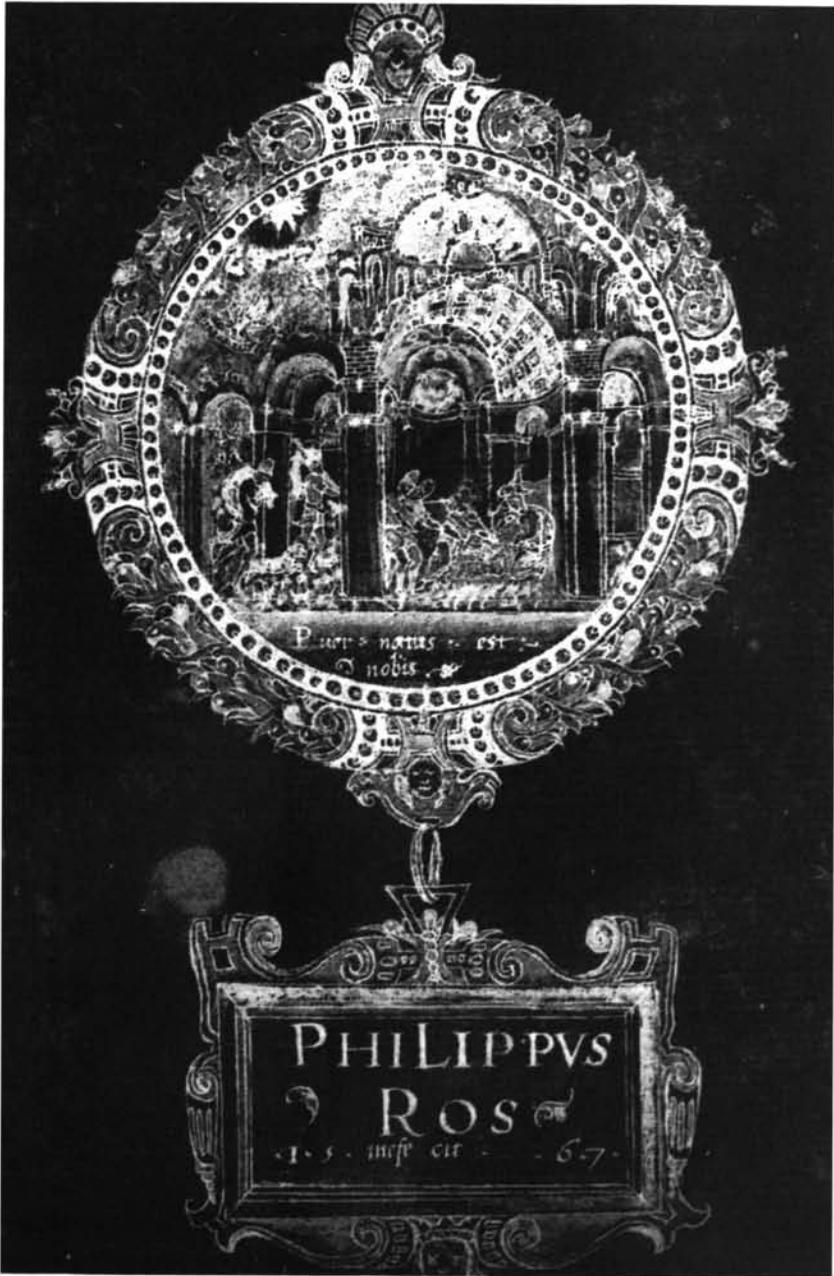


Lámina 9. Diseño de dibujo catalán para joyas, fechado en 1567, y reproducido por el barón Davillier.